

# LA TERCERA CARTA

Desde hace años que sólo el lenguaje de la mandolina es capaz de persuadir a mi padre de que no debe lamentarse ni repetir en voz alta las cosas que todo el mundo sabe. Detrás de los días de fatigosa ejecución, estaba esta paz con que me miro, con que empiezo a mirarme. Ahora pienso que si me hubiera unido a un hombre sería también desdichada. Creo que ya no despierto liada con las sábanas y henchida de deseos de gritar por la ventana para inundar la calle con mi soledad desesperada que quisiera confesar al macho ausente. Cuando tema que sea el velador el que acuda a ese llamado que nunca me atrevo a hacer, mejor desvanezco mi intento y miro cómo va despertando el cielo y cómo se puebla de movimiento y de la luz que entra por los rombos de la cortina que tejí cuando tejer era un signo mágico que me aseguraba un sitio como futura ama de casa. Entonces no sabía cuánta falta hacía el hombre para la tranquilidad del sueño. No sabía cuán agitado puede volverlo. Si el amanecer venía cercano o se oían ya rumores de gente levantada, no volvía a la cama. La contemplación de mi rostro deformado por las arrugas, cada día más oscuras y hondas, ocupaba todos mis sentidos.

Para suavizarlas lloraba en silencio la sequedad de mi cuerpo incorrupto y humillado porque no podía lucir las huellas de un macho. El único macho que me ha poseído es el tiempo y él decidió atarme a mi padre. Marido imposible que es como si hubiera parido un hijo arrugado y de cuerpo dolorido. ¡Padre, levántese! ¡Padre, aquí está su té! Voy a la iglesia, padre. Lo conozco como una madre conoce a su hijo pequeño. Su intimidad ha estado a mis ojos porque lo ayudo a vestirse y porque no se cuida de mí seguramente debido a que no ha olvidado el año en que nació. Por eso puedo pensar, puedo imaginar cómo sería el hombre que me hubiera tocado extenuar a su debido tiempo. Sus partes secretas son tan ajenas al deseo como sólo las de un viejo pueden ser. Pero cuando lo imagino joven al bañarlo, creo que es otro y me fatigo y respiro con dificultad y llego a sentir asco de su presencia inútil. Mi padre está ciego desde cuando yo era niña aún. Todos pensaron que recuperaría la vista y por eso cuidamos céntimo a céntimo lo que nuestras manos ganaron. Todo era para sus ojos y para los míos no fue ni siquiera el cine dominical que mantenía pecaminosamente ocupada a la imaginación durante la semana entera. Me consolaba saber que de su salud dependía el cambio de dueño. Me iría con otro hombre, con uno que no fuera mi padre aunque tuviera que cuidarlo. Pero un día me dijeron que Marcial se había casado. Ese día supe que mi cuerpo, cada día más blando, quedaría definitivamente exento del tacto cariñoso de una mano dura y decidida. Por eso aullé llantos de parturienta que no tenía ni aun la esperanza de algo que fuera a nacer de su dolor.

Antes había tratado mi padre de enseñarme a tocar, pero encontré desagradable el hueco de la mandolina y no quise colocarla entre mis senos vírgenes. Seguí esperando hasta ese día desesperante y lúcido. Para entretenir mi rencor acepté este compañero sonoro. Mis manos y las de mi padre buscaron en el diapason respuesta a mis ansias de confesión en clave. Tengo que aprender, tengo que servir para algo, me dije. Y empezaron a fluir melodías titubeantes que al afirmarse eran la red de los gustos familiares. Hice míos los recuerdos de mi padre. Los de mi madre que aún



dibujo de Víctor Romero

vivía en su memoria. Fui mis abuelas y mis abuelos que en medio de tonadas engendraron a mis padres que me hicieron surgir también de una canción. Sólo yo por más que toco y toco no proyecto nada. Quiero recordar ahora la "Tercera carta" y temo haberla olvidado. Si me pusiera a cantar se llenaría mi cara de pucheros en súbito retorno a mis tardes infantiles. Me gustaba oír esa canción cuando sentada junto a la ventana peinaba mis cabellos negros y desde la calle de los Gallos venía un chorro de voces que la entonaban: "Una carta escrita en oro". Ya entonces era triste no tener el pelo rubio. "Te mandé desde Celaya". En la mandolina puedo ejecutar cualquier tonada. Después decía "Otra muy bien dibujada". Si toco no pienso en nadie y soy como alguien ajeno a mí que concentra gustos de otros. "Te mandé de Moroleón". Detrás de cada canción hay una historia pequeña. Una historia de celos o de despecho, de súplica o de alegría plena. El nombre de esa ciudad era un llamado lejano al que alguno tendría que acudir. Sólo para mí no hay una canción que diga lo que soy. "Pero en la tercera carta" improviso para no tocar automáticamente con el pensamiento sobre mis recuerdos. Si invento algo tengo que ocuparme enteramente de la melodía y "Te mandé mi corazón." Mi padre me pregunta ¿qué estás tocando, hija? Oí eso en el radio, respondo. ¡Ah!, dice él. "Con un letrero diciendo." Mezclo todas las tonadas que he tocado y con ellas vivo lo que me negué. "Eres dueña de mi amor." Tenía que cuidar a mi padre. ¡Que Dios me perdone! "Si quieres saber de mí." Pero Marcial no volvió desde que le dije que esperara, que todavía mi padre no se aliviaba. "Hace diez años que espero", Lina, respondió. Guardé silencio y él también. "Ve a la casa de correos." Yo me asomaba por la ventana y veía a la gente que pasaba. Parejas que primero se tomaban de la mano y se miraban como si guardaran un secreto. Pasaban los días y la mano también porque entonces ya iba sobre la cintura de ella. Luego ella, si continuaba con el mismo, se torcía como una S y pronto podía contar a tres en lugar de los dos de la pareja inicial. "Ahí te darán razón." ¿Cómo se llamarán, pensaba yo, y los veía alejarse. Si se hubiera muerto a tiempo, cuando todavía servía para algo mi libertad. Pero él está tan a gusto aquí, tan sin prisa que parece que me espera. Debe estar satisfecho de que ya le vaya pisando los talones. La gente podría decir en lugar de "ahí va don Próspero con su hija, ahí van don Próspero y su mujer." Todos van y todos vienen y sólo yo sigo aquí en la calzada de Guadalupe cuyos árboles dan fresco en verano y en invierno dan frío. Las hojas que ahora veo nacieron al rumor de las notas de mi mandolina. Cuando llegue el otoño y tengan que caer, lo harán mientras les toco melodías tristes, tonadas con la esperanza de las despedidas, con la esperanza sollozante de que cuando vuelvan a nacer esté yo aquí debajo de las ramas para recibirlas con el júbilo que causan las cosas que nacen. "Que me fui pa' Guanajuato." La pareja de ayer hoy entona un dueto de celos y de enojo. Ella camina aprisa y él la sigue suplicándole. Yo quisiera decirle que lo perdone porque... pero pienso en su edad y en la mía y reconozco que todavía puede hacerlo. Hasta que tenga treinta años más podrá pensar como yo, pero entonces ya no tendrá que perdonar a nadie. Para entonces sólo estará rodeada de silencio o de hojas que nacen o de hojas que caen y se ponen amarillas y



resecas antes de morir crujientes debajo de un pie.

Mis manos son pálidas y todavía suaves aunque ni siquiera recuerden lo que fueron. "Si cariño me tuvieras." ¡Qué lindas manos tienes, Lina! Y yo reía y quería hablar de otras cosas. Un día me pegó los labios justamente en medio de la palma, en el hueco donde se ven esas líneas de la vida, y yo cerré los ojos y no pude decir nada. Ahora mis manos son sobre la mandolina como caricias de mujer estéril sobre un niño ajeno. La crema que uso es la misma "Me mandarás tu retrato", pero ya no me hace ningún efecto. ¿De qué la harán ahora? Me gusta cómo huele a azahar y a almizcle que acaricia tibiamente. Esta cuerda está como yo, a punto de romperse. Me gustaría saber qué sucedería si no la repongo. Lo más seguro es que nos quedáramos callados mi padre y yo. Pero entonces tendría que volcar todo mi pensamiento sobre mí y sobre mis recuerdos que son como pecados que no cometí y que de todas maneras me atormentan.

"Con un letrero diciendo": Así como estamos mi padre y yo nos olvidamos de nosotros mismos. Si él se duerme y yo me doy cuenta no interrumpo las notas que son como lanzas contra los deseos o tal vez deseos dichos así, sin palabras. Oigo también las campanas que llaman al rosario en San Buenaventura. En ocasiones me disgusta lo que pienso del padre José y de cómo será sin la sotana. Sólo los santos que son de piedra pueden fingir esa quietud y esa falta de deseos. Yo soy de carne aunque marchita y por eso necesito con más urgencia pecar siquiera una vez cada quince días o por lo menos una vez cada mes. Al año serían ¡doce veces! Doce por... ¡Jesús mío!, las veces que me he privado de pecados veniales que el padre José me hubiera perdonado aunque para ello tuviera que rezar hasta cinco rosarios como la semana pasada cuando le confesé lo que pensaba mientras buscaba consuelo en la conmovedora desnudez de Cristo crucificado. Toco como si no pudiera hacer otra cosa. Sólo los angelitos del coro no se cansan de estar con sus instrumentos bien tensos para acometer una melodía que nunca llega o que si llegó no pude oír. Sé que mi padre está dormido ahora. Feliz él que ya no tiene deseos más que de dormir porque ensaya para la muerte. Yo en cambio tengo deseos secretos que digo con los ojos si los sorprende un cuerpo hermoso y joven. Tengo deseos punzantes que hacen de mis noches una tabla ardiente que me lanza al día más desesperada y más anhelante que el día anterior. Sólo Dios y el padre José saben lo que pienso y lo que veo en la calle mientras llevo a mi padre a que tome un poco de sol. Yo también necesito sol, mucho sol, para que me devuelva la color que con sus vueltas y revueltas me ha gastado. De tanto esperar ya estoy cansada y hasta dejo de oír lo que toco. Sólo veo el movimiento de mis manos como pañuelos de puerto lejano. ¡Dios mío ayúdame! Mata en mí estos apetitos que no puedo satisfacer. No me dejes como un leño ardiendo que arde más con el consuelo que ofreces de gozarte algún día. ¿Qué significa esto, Señor? ¿Inspiraste bien esta afirmación? Gozar al Señor... Era la melodía de la "Tercera carta", aquella vieja canción que venía a secar mis cabellos del baño sabatino. Con tantas idas y venidas ya no sé ni en qué parte de la letra iba. Tengo la letra pegada al cuerpo. Cada verso es como una banderita clavada que me señala, pero ya no me detengo a leer porque ya sé lo que dicen: "Eres dueño de mi amor."